

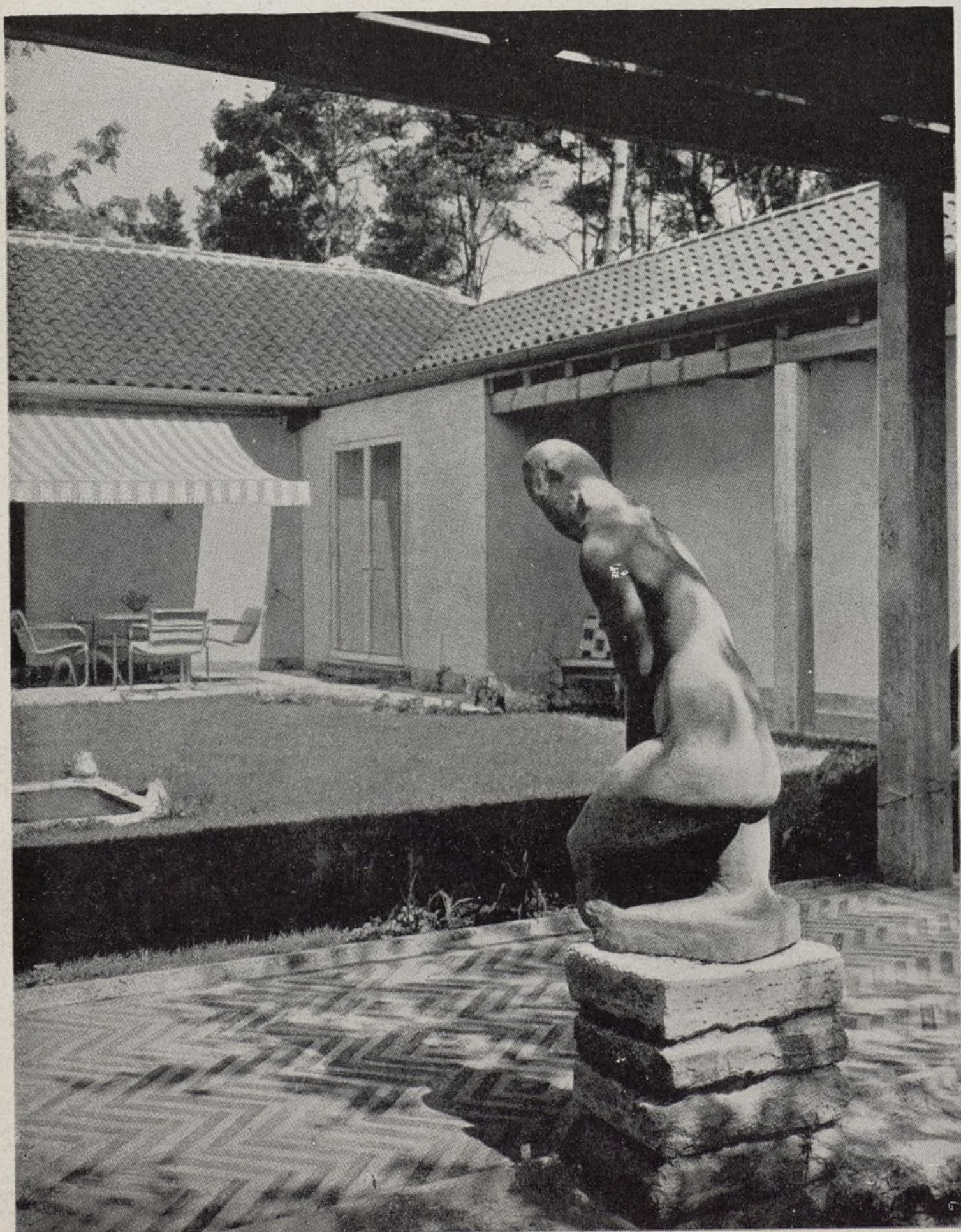
31-5-1936



una casa
en el campo
Suplemento de Blanco y Negro n.º 28

Ayuntamiento de Madrid

=====
 =====
 TERRAZAS
 =====
 Y
 =====
 PATIOS



Pulmones abiertos al aire libre
 y perfumado del jardín o del
 bosque, los patios y las terrazas
 son elemento y complemento
 indispensable en las casas
 de campo; aquéllos y éstas dan
 alegría y amplitud y proporción
 al conjunto, sobre todo cuando,
 como en los modelos que ilustran
 esta plana, campea una
 sobria sencillez, dentro de unas
 líneas de elegante originalidad.
 La escalera de la terraza es una
 original solución, fácilmente re-
 producible en cualquier jardín:
 la estatua sobre el sencillo
 pedestal anima el aspecto del
 recóndito patio. (Oliver Hill
 y Fritz August Breuhaus.)



ILUSIÓN POR UNA CASA DE CAMPO

Las vigas de nuestra casa son de cedro y de ciprés los artesonados. (De *El Cantar de los Cantares*).

Todos los hombres llevamos sempiternamente en el alma la ilusión de la casa propia; ésta es una fuerte ilusión que con otras, contadas, espolean al individuo y le arrastran sobre el accidentado camino de la vida, sin que por nada se detenga...

La ilusión por la casa de campo es genéricamente otro tipo de ilusión. Es, tal vez, una superilusión, desprendida casi de la concretable realidad, desligada casi del mundo de las cosas materializables. La ilusión por la casa urbana, por el refugio impersonal, por el refugio idéntico entre miles de refugios, es una aspiración práctica; todos la podrán sentir, aunque muchos no se paren a analizarla mentalmente, aunque casi todos la hayan ansiado y la posean de una manera superficial: es preciso cobijarse; es conveniente no pagar alquiler... y muy finalmente, es agradable poder infundir a unos interiores, a unas paredes nuestras algo de la incontenible hechura de nuestra psicología...

Pero la casa de campo es cosa muy distinta. Ansiamos tenerla algún día para desbordarnos como un torrente, expresando con el júbilo máximo toda la interna configuración de nuestra sensibilidad. Todos los amores, todas las preferencias guardadas en silencio, todas nuestras simpatías, todas nuestras más vagas, y tiernas, y sentimentales expresiones, allí esperaremos que tomen forma tangible. La casa de campo será el campo libre, ¡libre!, donde podremos sembrar todas nuestras añoranzas calladas... Allí podrán hacerse verdad tantas nebulosas de formas blandas y queridas que han cruzado infinitas veces silenciosamente por el cielo de nuestro pensamiento. La casa de campo es para el hombre sensible una plataforma ideal para entrar en diálogo sereno consigo mismo. Podrá ser que allí, algún día, favorecidos por la propicia pendiente sentimental, lleguemos a manifestarnos tan poetas, tan enamorados de esa vida en contacto con la Naturaleza, de esa hipersensibilidad franciscana, que nos invadirá, que nos sentiremos ya hermanos de la hermana flor, de la fraterna hormiga; sentiremos repugnancia de nosotros mismos y abominaremos de aquella inflexible formalidad, de aquella innecesaria dureza, que es nuestro vestido moral en la vida corriente y el vestido de todos los que nos rodean.

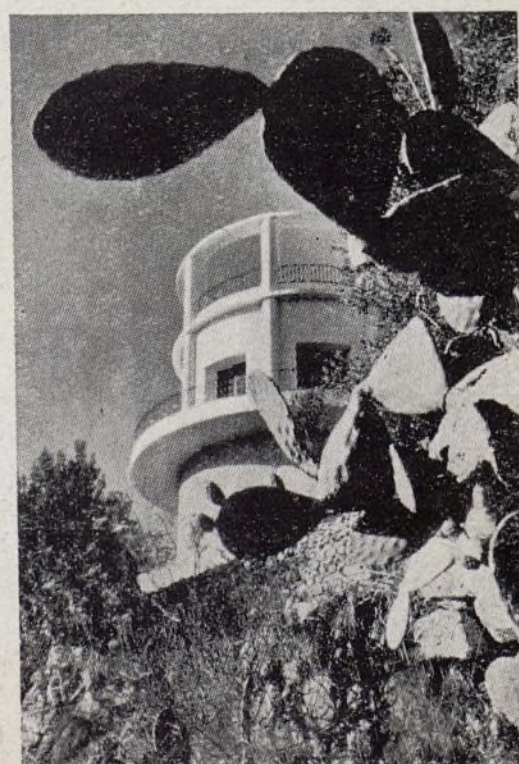
El paisaje de nuestro país nativo será la primera influencia que sintamos al tener ocasión de construir o adquirir la casa de campo. No podremos esquivar esta fuerza. No ha habido nadie que pudiera esquivarla... Cuando coloquemos

un tiesto en el jardín, cuando decidamos la forma de nuestro tejado, cuando elijamos el color de los muros externos, cuando definamos la hechura de los muebles necesarios, cuando colguemos nuestras cortinas, cuando pongamos las esteras, cuando construyamos la fuente, cuando seleccionemos los árboles y las flores—"el aire el huerto orea y ofrece mil olores al sentido"—, no haremos más que recordar el ambiente, el aroma, la expresión de nuestro imborrable país natal.

No importa que la casa sea moderna, de una arquitectura desprendida básicamente de toda anécdota local o tradicional: siempre al empezar allí nuestra vida iremos definiendo con detalles insignificantes un matiz especial que será la prueba de nuestro primero y más hondo recuerdo.

Para la creación de nuestra casa en el campo, posiblemente habremos ido guardando detalles de casas de campo cordiales que hemos visto claramente que están llenos de cierta intensa expresión hogareña. Así recordaremos siempre los grandes tejados de las casas escandinavas, los muros de piedra poblados de yedra de las casas inglesas, los grandes aleros de los "chalets" del Tirol, los ventanales amplios de las casas modernas alemanas, la simpatía de los fajeados de madera sobre las fachadas de las casas normandas, el rústico forro de troncos aserrados sólo por una cara de las casas de los primeros colonos americanos, los suelos con grandes losas de piedra con canales de hierbas en las uniones de los países septentrionales, las pérgolas, y los bancos, y los muros blancos de los jardines mediterráneos, los detalles de hierro, las tejas, los arcos de medio punto, los pozos y los faroles, con cierto sabor escenográfico, de las casas pseudoespañolas de California...

Aunque seamos nortños españoles querremos tener una casa muy blanca enclavada entre un paisaje exuberante, porque esa sugestión, ese alarde de blancura y de sencillez externa de la casa del Sur, cautiva y aprisiona a cualquiera. Seremos del Sur y también habremos sabido comprender el encanto de la arquitectura vasca, casa de piedra con la animación de la madera, con las altas chimeneas siempre débilmente humeantes, pabellón un poco



triste, resignado, poético, bajo la constante lluvia. El hombre de Levante, ébrio del azul infinito del mar latino, siempre sediento de grandes horizontes, habrá sabido guardar en el alma la luminosa silueta de la hermética alquería, su emparrado, su alacena con brillos de misterio, los tonos azules a la cal de los flancos de las ventanas de las barracas..., pero ese hombre también habrá guardado en su retina—por si algún día puede aprovecharla—la solemne puerta endovelada, y el balcón, y los arcos, y esa gravedad limpia y trascendental de la casa extremeña.

Cogiendo de aquí y de allá el elemento amable, grabando en nuestra alma el detalle que nos emociona, reservaremos en nuestro cerebro, como guardamos la esencia de los versos mejores, todo lo que en un momento dado será base fuerte para apoyar y expresar nuestro estallido sentimental en nuestra casa de campo.

Por eso, como si la casa de campo fuera hacia un tipo o prototipo universal de arquitectura, cada día más parece que vamos en busca únicamente de una casa resumen de esencias sentimentales del mundo; es decir, hemos hecho rumbo todos, unánimemente en esta cuestión, hacia un tipo de casa afectiva: estamos tratando de consagrar para las casas de campo un tipo de arquitectura cordial, fundamentalmente cordial, escenográficamente cordial.

Para tener una casa de campo fría, estamos todos convencidos de que no vale la pena de tenerla. No caben aquí las durezas excesivas



de la arquitectura racionalista. El campo siempre tiene una emoción, una plétora de matices que están en pugna abierta con la fría elucubración matemática. Vamos al campo a fundirnos con la impresión sencilla de una copla lejana; nos emocionaremos en cualquier instante con el paso vulgar y hondo de un rebaño de blancas ovejas—moscas y esquilas—y nos impresionará una melancólica puesta de sol detrás de unos bellos montes morados..., precisamente el mismo ocaso que hubiéramos visto indiferentes desde la plataforma de un tranvía de la ciudad.

La casa de campo moderna ideal tiene que ser un tipo de casa que sirva básicamente aquella fácil impresionabilidad. Si la morada campestre no nos precipita a esa alegre y confiada esfera del sentimiento podemos regalarla; allí sobran las puestas de sol, el verdor de los campos, el rumor de las aguas... Veremos el campo absurdo y borroso como al través de un lente desenfocado.

De todas, de todas las arquitecturas modernas, ¿cuál será la más acomodada para el espíritu de la casa sensible, cuál será la imagen verdad de aquella soñada casa cordial?

Precisamente una casa de raíz española: la casa californiana, la casa de estilo colonial. Esa casa, que ya está amparada bajo la ventaja de un cielo encendido, puede ser blanca, puede tener habitaciones formando porches, puede envolverse entre jardines optimistas, puede aliñarse con la gracia de cien aditamentos populares.

Partiendo de ahí podemos encontrar el tipo de casa moderna cordial. Una casa encajable a lo largo de todas las costas del "mare nostrum". Una casa acomodada al clima y al paisaje de más de media España—de Madrid para abajo—. Una casa adaptable con ligeras variantes a toda la faja cantábrica española. Una casa interpretada ya hoy, precisamente, en las risueñas "villas" del país vasco francés.

Esta casa de estilo pseudoespañol no marca un estrecho camino, no. Inicia una manera amplia, optimista, libre, desenfadada, sensual, franca, decidora; concreta lo que debe ser la casa de campo. Según la localidad en que radique así tendrá sus peculiares detalles, pero no puede dejar de tenerlos. Es la antítesis de la casa "standard". Del horror de las casitas con molde. Es la consagración en el campo de la arquitectura simplista del campo. Es—a Dios gracias—un fuerte guión que señala el camino a esas personas equivocadas que han plantado entre el verdor de los prados o sobre el fondo de ásperas montañas esas repugnantes casas que huelen a palacete urbano, con sus torrecillas de pizarra y sus remates y cresterías de fontanero.

Esas casas son inadmisibles en el campo. Van precisamente contra la esencia de la vida en él;

parecen la provocación insolente y temeraria de un siempre mediocre personaje de la ciudad que quiere pulverizar a sus vecinos—hombres, plantas y piedras—con la falsa corporeidad de los grandes almohadillados de piedra artificial o con la odiosa y vetusta traza de sus balastradas y sus escalinatas superfluas.

Una casa en el campo es la sublimación de la sencillez. Precisamente esa es su gracia. Ese es su primordial interés.

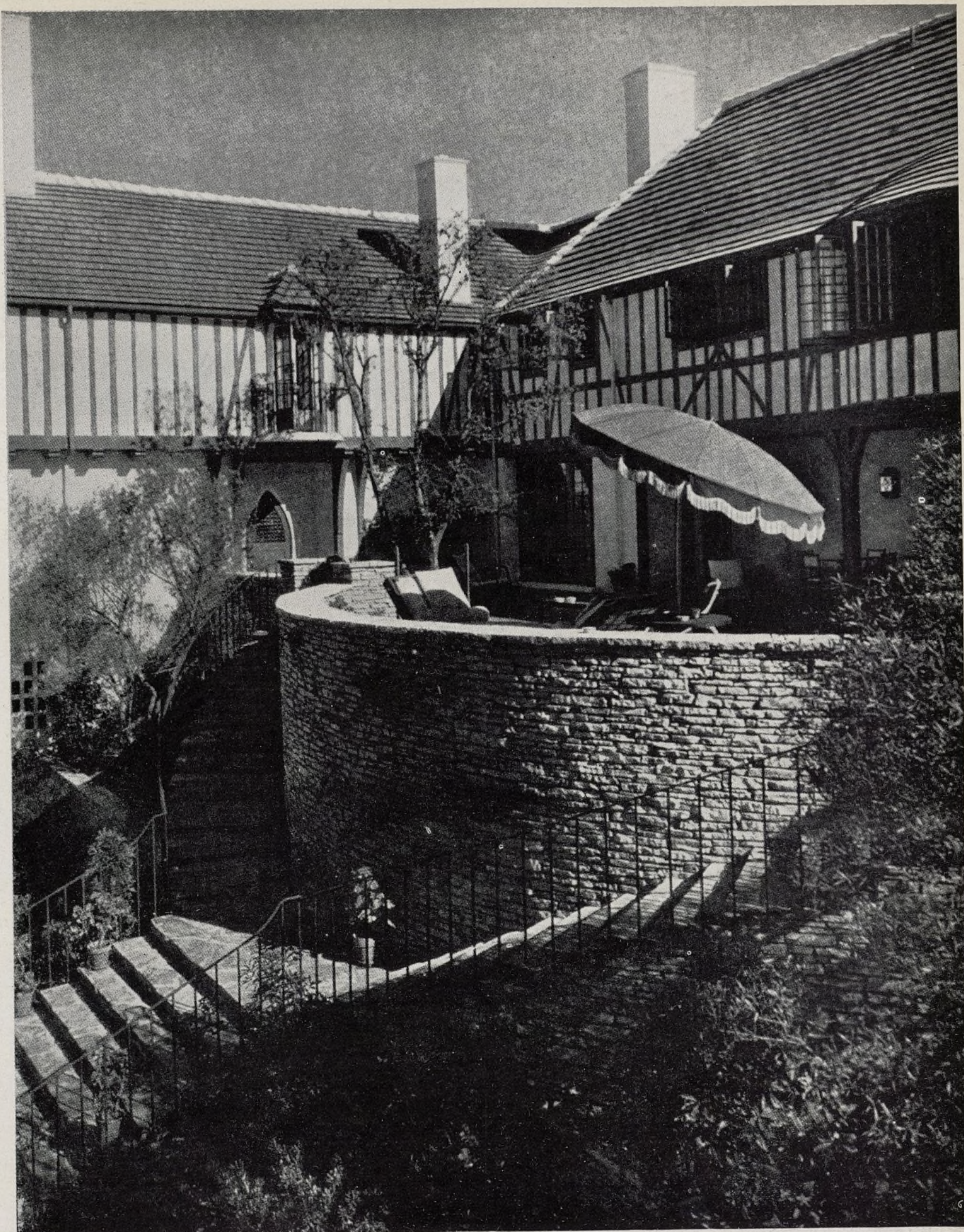
El análisis de las casas de campo modernas acusa, desbordante, esta particular enseñanza. Hay una discontinuidad, un corte absoluto entre la arquitectura y la decoración y los detalles propios del campo y los análogos concernientes al ambiente de las grandes poblaciones. Y aun más: es posible revivir en los interiores urbanos aquel matiz campero tan afectivo y tan simpático..., pero es absolutamente impropio desarrollar los interiores o la arquitectura rural con la menor preocupación de recordar a la ciudad.

Se ha creado ya—esta es la verdad—un tipo ideal de casa de campo moderna, al margen de las modas constructivas, aparte de las experimentaciones técnicas. Ni se puede prescindir del tejado, aunque puedan resolverse las cubiertas en forma de terraza, ni se puede prescindir en los grandes buques accionados por grandes motores de explosión, todavía, de las inútiles chimeneas: el cerebro o el corazón, o el corazón o el cerebro—lo que sea—las reclaman y las mantienen. Tonto será quien vaya demasiado pronto contra aquellas ideas aceptadas y queridas por su esencia simpática.

El ladrillo descubierto, la piedra misma, las grandes vigas, los gruesos muros, las habitaciones abuhardilladas, aparecen en tantas novísimas fincas campestres creadas por los que en la ciudad están al borde de la última y más atrevida innovación arquitectónica. Pero al llegar a la casa de campo, el corazón todo lo puede y es forzoso guardar todos los malabarismos y cambiarlos por tantos detalles y tantas cosas que hablan a la vista bien inocentemente.

Sólo ha habido dos aportaciones modernas, que han hecho una verdadera revolución en el concepto tradicional de todas las casas de campo. Dos aportaciones fundamentales que—hay que recordarlo bien—ya no se pueden desperdiciar. Son: el gran ventanal, la comunión con el paisaje y la adaptación lógica de los materiales aislantes; tanto esto como decir: la habitabilidad continua de la casa rural; el "confort" a no mucha costa.

Lo que es el ventanal en la casa de campo



moderna no es preciso encomiarlo con palabras. La casa, antes ciega, ha recuperado jubilosamente la alegría. No era posible sustraerse a un hechizo fuerte: estamos en la edad del cristal. El cristal ha hecho posible este milagro: ya entra el sol en las horas oblicuas de una parte a otra del pabellón; entra el aire; entra, se mezcla con nuestros muebles, se enreda entre nuestros visillos, algo mejor: flota ya entre los sombríos maderos de la cubierta hasta el resplandor coloreado del paisaje.

Una casa de campo con ventanas pequeñas es un verdadero sacrilegio: es estar de espaldas a un altar después de haberse—voluntariamente—acercado hasta él. Quien no sienta la belleza de un paisaje cualquiera no merece las ventanas ni... la casa de campo, ¿para qué se molesta con nada! Ir al campo hoy, vivir en él, tendrá que ser una continua trabazón, un encadenamiento agradable del individuo.

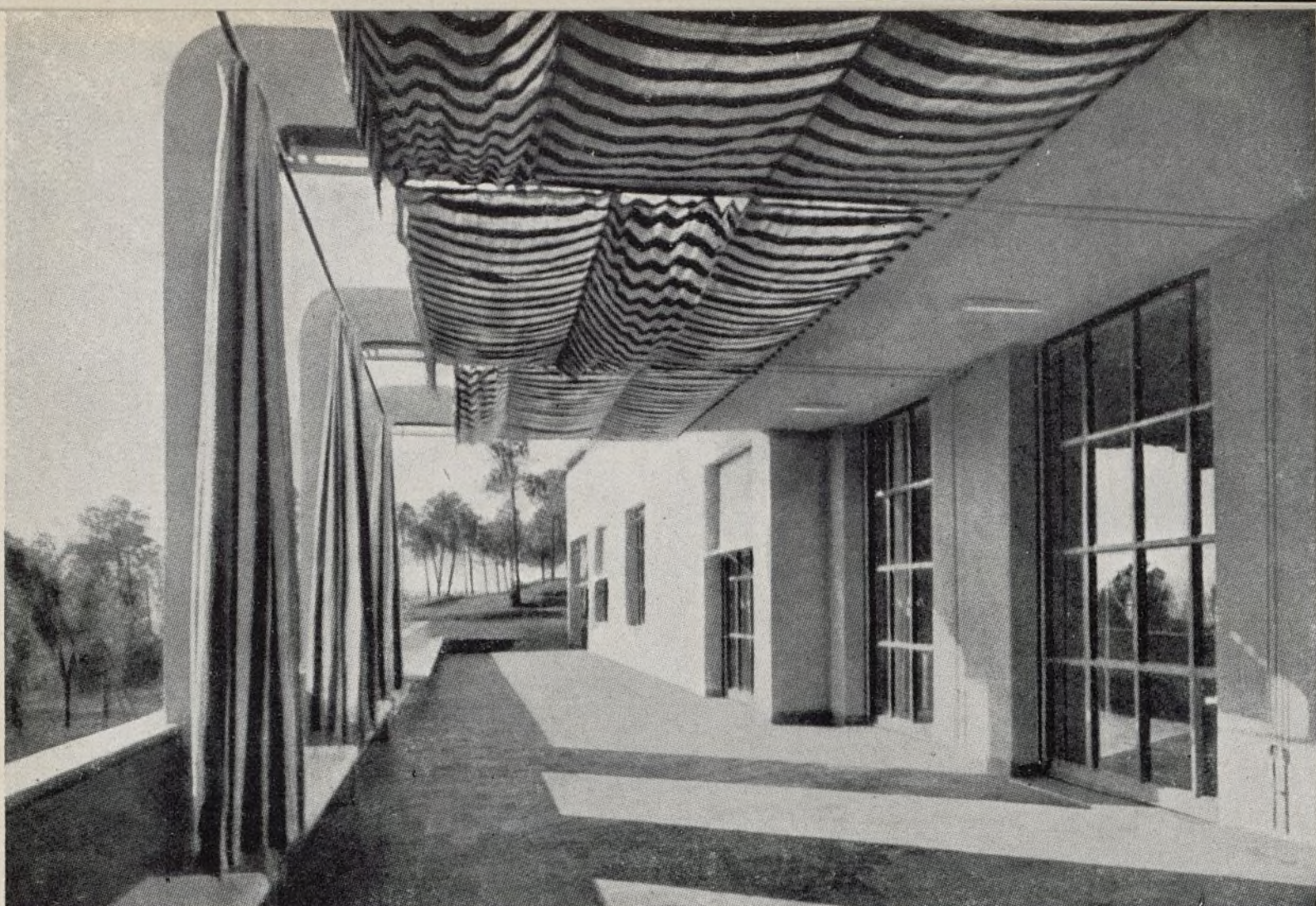
Por suerte, podemos contar con adelantos amables que nos cerrarán herméticamente los marcos de ventanas de finos perfiles; que nos caldearán casi invisiblemente el ambiente en los días crudos; que nos aislarán del azote solar estando inmediatamente debajo de la misma ligera cubierta. Podemos tener nuestra luz, tan clara, tan sin oscilación, como la de ciudad, aunque estemos cerca o lejos de una red eléctrica. Podremos conservar los alimentos días y días sin descomponerse. Tendremos teléfono. La "radio" nos traerá noticias y aires de los más lejanos horizontes. Un coche en el garaje nos tendrá voluntariamente cerca, por lejos que estemos de algún gran centro vital... Todas estas conquistas modernas, que no pueden despreciarse, no empañarán la expresión riente y poética de nuestra casa pintoresca. Estas facilidades materiales se completarán con toda aquella serie de elementos creados para hablar cariñosamente, exclusivamente, a nuestro propio corazón.

Y dulce será encontrar una paz absoluta y una clara armonía familiar que goce con nosotros de la fugaz alegría de la vida.

Posiblemente, alguien, feliz entonces, podría decir amorosamente a nuestro oído algo con el amor por un hogar, y con la embriaguez de felicidad común que flota de aquella divina estrofa del "Cantar de los cantares":

"Las vigas de "nuestra" casa son de cedro, y de ciprés los artesonados".

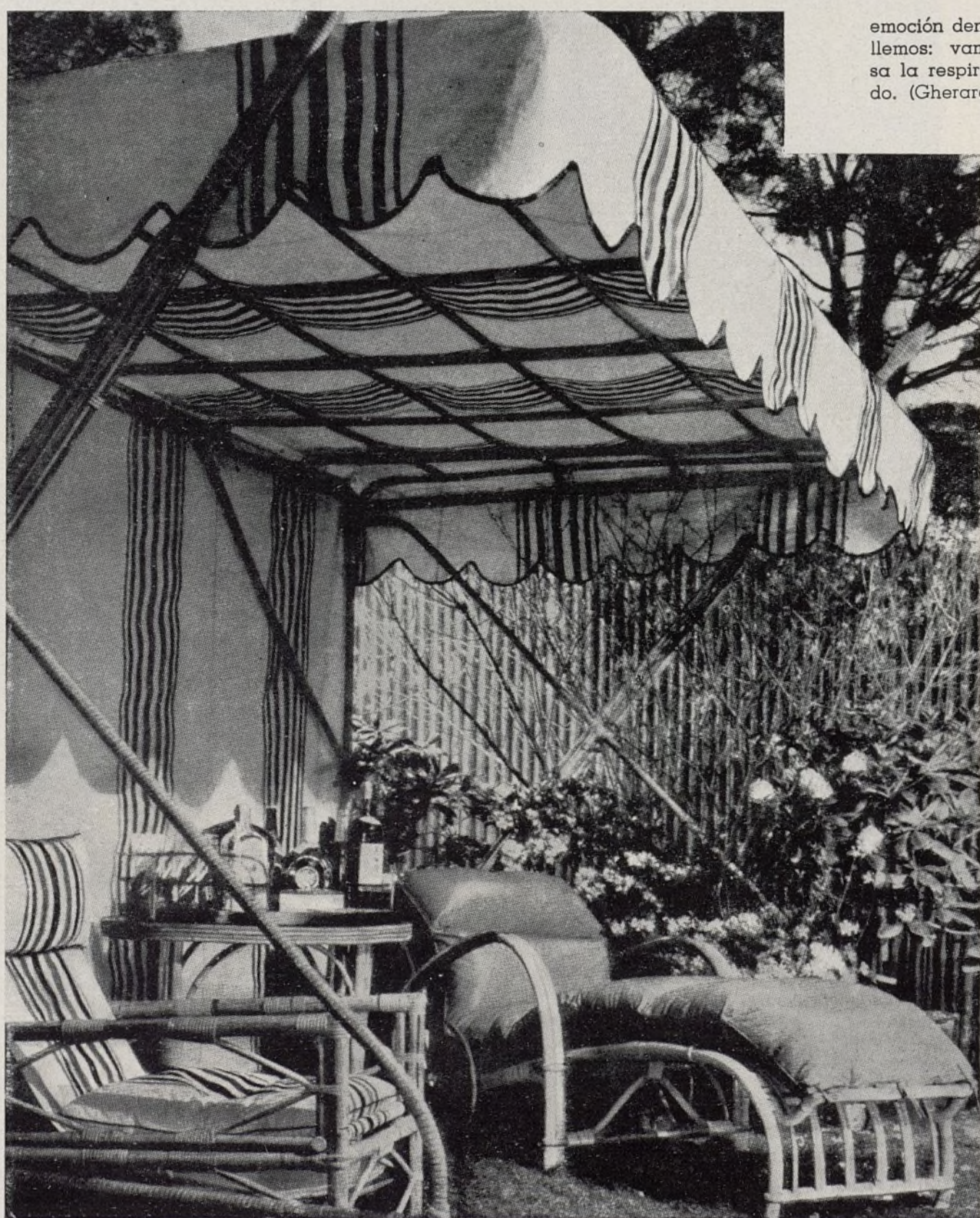
r o m l e y



La casa de campo, aplastada bajo el sol estival, necesita cierto círculo circundante de sombras... La brutal luz de mediodía acusa descaradamente la tosca terminación de tanto y tanto detalle interior... ¡pero el campo no permite otra cosa! Es preciso recubrir las ventanas de persianas, de graciosos toldos, es conveniente proteger las terrazas, las indefensas galerías, con ligeros mantos que brillan con la caricia del sol y que tiemblan con el soplo vehemente del aire, pero que crean frescas zonas habitables al frenar el azote solar... Y en el jardín, las celosías cuajadas de verdor, las pérgolas florecidas, también crean lugares propicios que invitan al descanso formando remansos dulces de un torbellino que inunda furiosamente el jardín de luz, que hiere la retina y que quema despiadadamente nuestro cara. Toda la magia de la fuerte luz solar, todo el hechizo de la claridad depende mucho del callado cortejo de sombras. Desde la quietud de nuestro umbráculo percibiremos íntegramente el valor del paisaje temblando bajo la claridad insuperable... Zumarán los insectos, se estremecerán vivificadas las plantas, hasta las piedras sentirán una

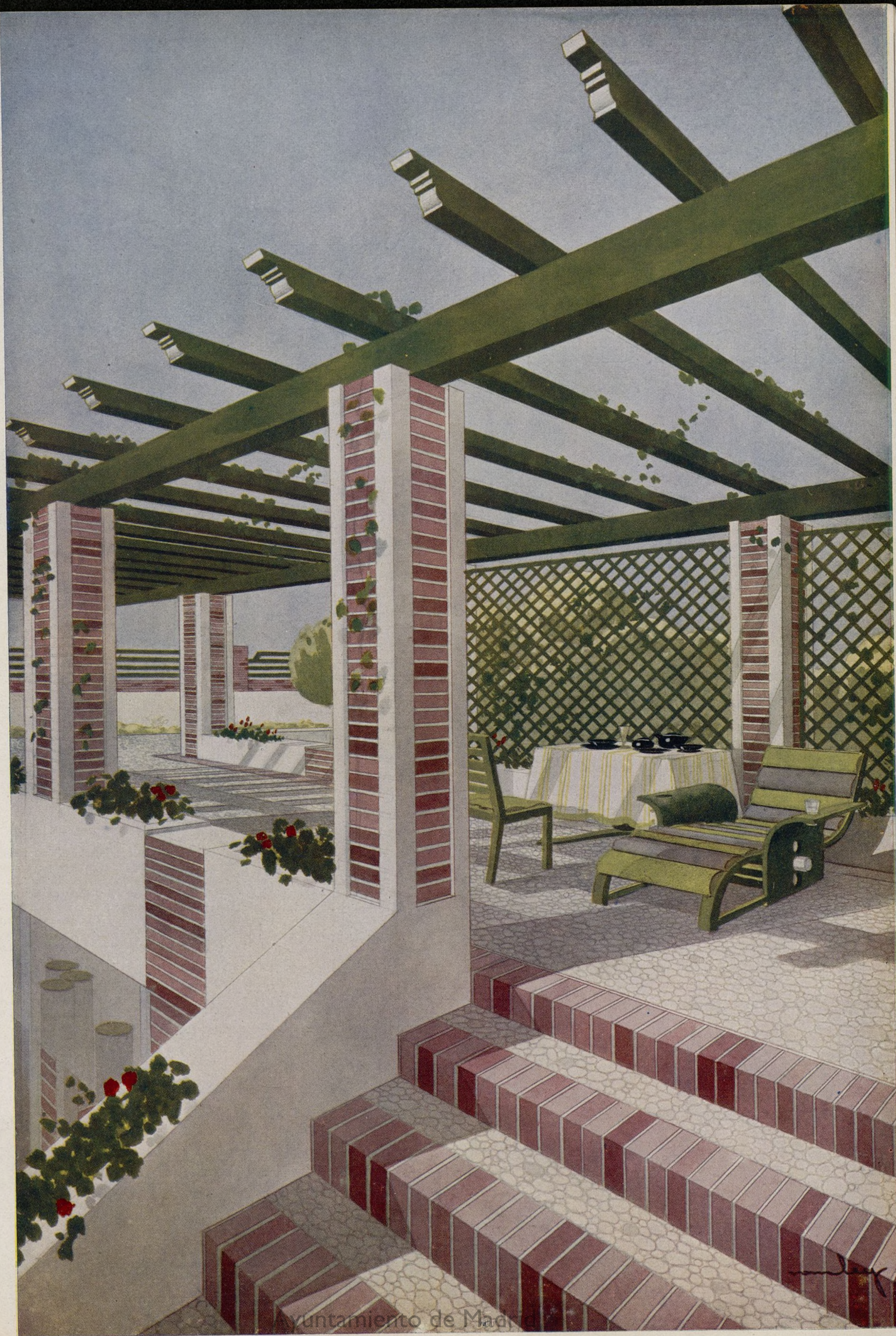
TOLDOS Y PÉRGOLAS.

emoción dentro de su entraña inerte... Callemos: vamos a oír como por sorpresa la respiración, el latido total del mundo. (Gherardo Borso-Florenza. T. Frankl.)



LA PÉRGOLA ES EL RECURSO DECORATIVO MÁS ROMÁNTICO DEL JARDÍN... ES SIEMPRE UN RECUERDO DE LOS CIELOS DE LA BAHÍA DE NÁPOLES... SOBRE SENCILLOS PILARES, NUESTRA OFRENDA ELEVADA DE FLO-

RES SALPICA ALEGRE, DURANTE EL DÍA, EL APRETADO AÑIL DEL CIELO INTACTO... POR LA NOCHE, ENTRE LOS LARGUEROS DE MADERA QUE FORMAN UN TECHO ENTRECORTADO, PERCIBIREMOS LA CONFUSIÓN MARAVILLOSA DE UNAS RAMAS FANTÁSTICAS IDEALMENTE FLORECIDAS DE CAPULLOS Y ESTRELLAS



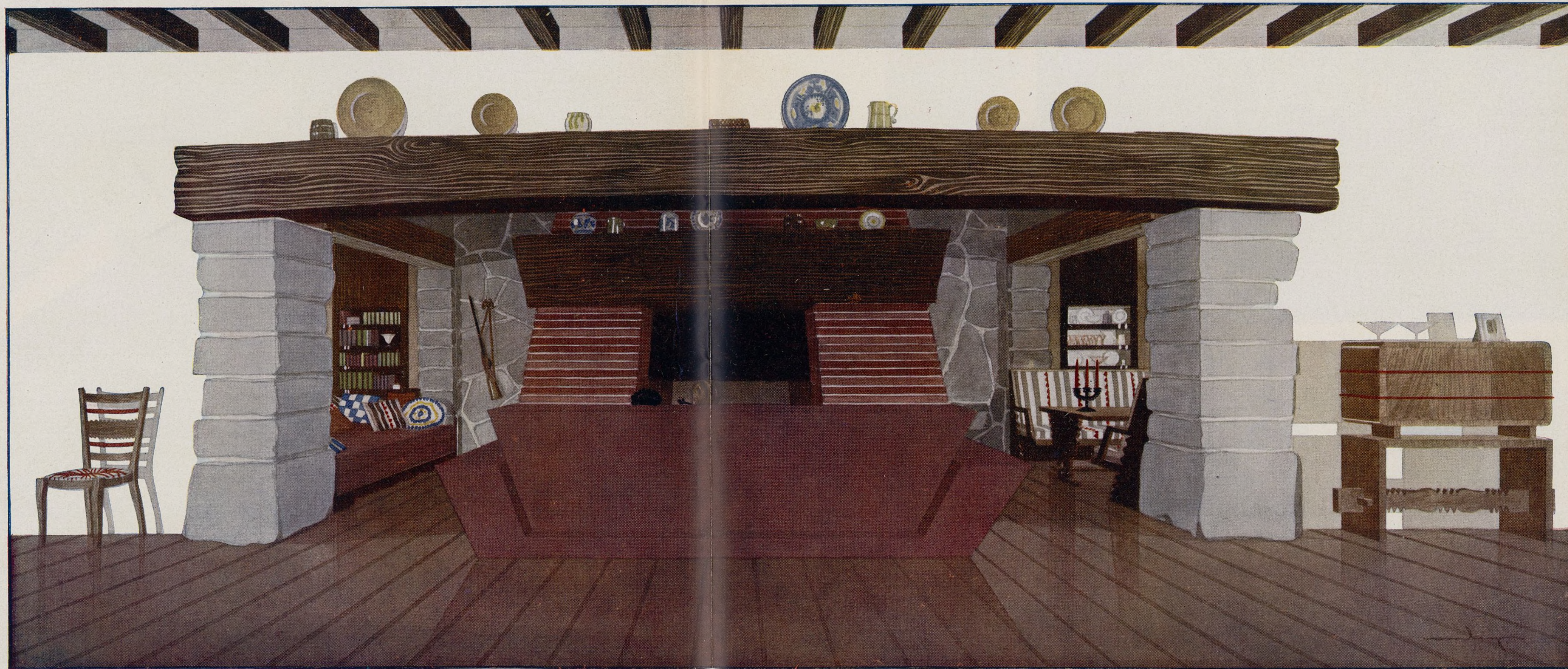
la mañana
en la
piscina



Las piscinas son hoy la máxima atracción de los jardines en las casas de campo. Es un estanque, la piscina, que resulta tan decorativa y tan agradecida como las albercas antiguas situadas al pie de los edificios demasiado severos. Pero hoy la balsa está alborotada; es sobre todo en las horas matinales un pequeño mar alterado por la indómita inquietud de los jóvenes; animado por el estruendo de las risas. El estanque silencioso y grave de los árabes ha roto a hablar. Todo en él es animación, color y plenitud. Las "fotos" adjuntas corresponden a una piscina por Ernest Hemming; otra, interior, por J. Schiff's, y una gran piscina — en un delicioso paisaje de maravilla, entre ideales pinos mediterráneos —, por Gherardo Borio, de Florencia.



Ayuntamiento de Madrid



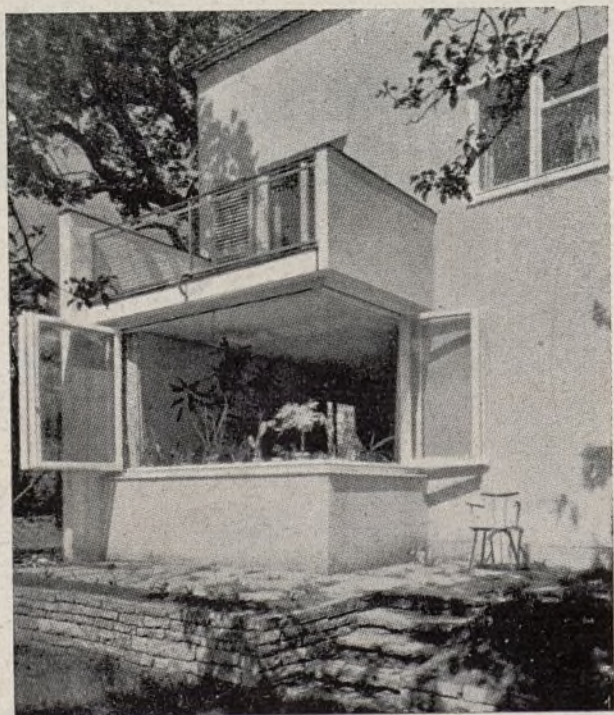
Al plantear una casa en el campo debe de pensarse antes que en nada en la disposición de la chimenea. Aunque la casa se piense habitar en verano, aunque la localidad en que radique tenga un clima cálido, es preciso pensar en ella. La chimenea será, aunque esté corrientemente apagada, el verdadero núcleo decorativo de la casa de campo; su frente tendrá siempre una importancia excepcional; merecerá servir en todo tiempo de fondo a las relaciones, a las escenas más entrañables de la vida del hogar. Como en el dibujo que reproducimos, la chimenea podrá ocupar "casi" toda la casa; puede resolverse de forma que esté encajada en una especie de gran nicho con dos departamentos a los lados: comedor, uno, con un gracioso banco en forma de U y una mesa de tableros recortada en dos; y en el lado opuesto, un gran diván con biblioteca, que podrá formar un improvisado dormitorio. De esta forma puede resolverse un pequeño pabellón de caza, o una casa para fin de semana, o un "chalet" montañoso, en una pequeña superficie y de forma bastante cordial... Detrás de la gran viga podría ir una cortina espesa que aislaría profundamente el pequeño y simpático espacio, donde podrían vivir unas horas amables un par de personas. Afuera quedaría una gran habitación "hall", indiferente y pasiva, supeditada decorativamente y valorizada por el milagro afectivo del frente ahumado del hogar. (Dibujo de Romley.)

l a c h i m e n e a

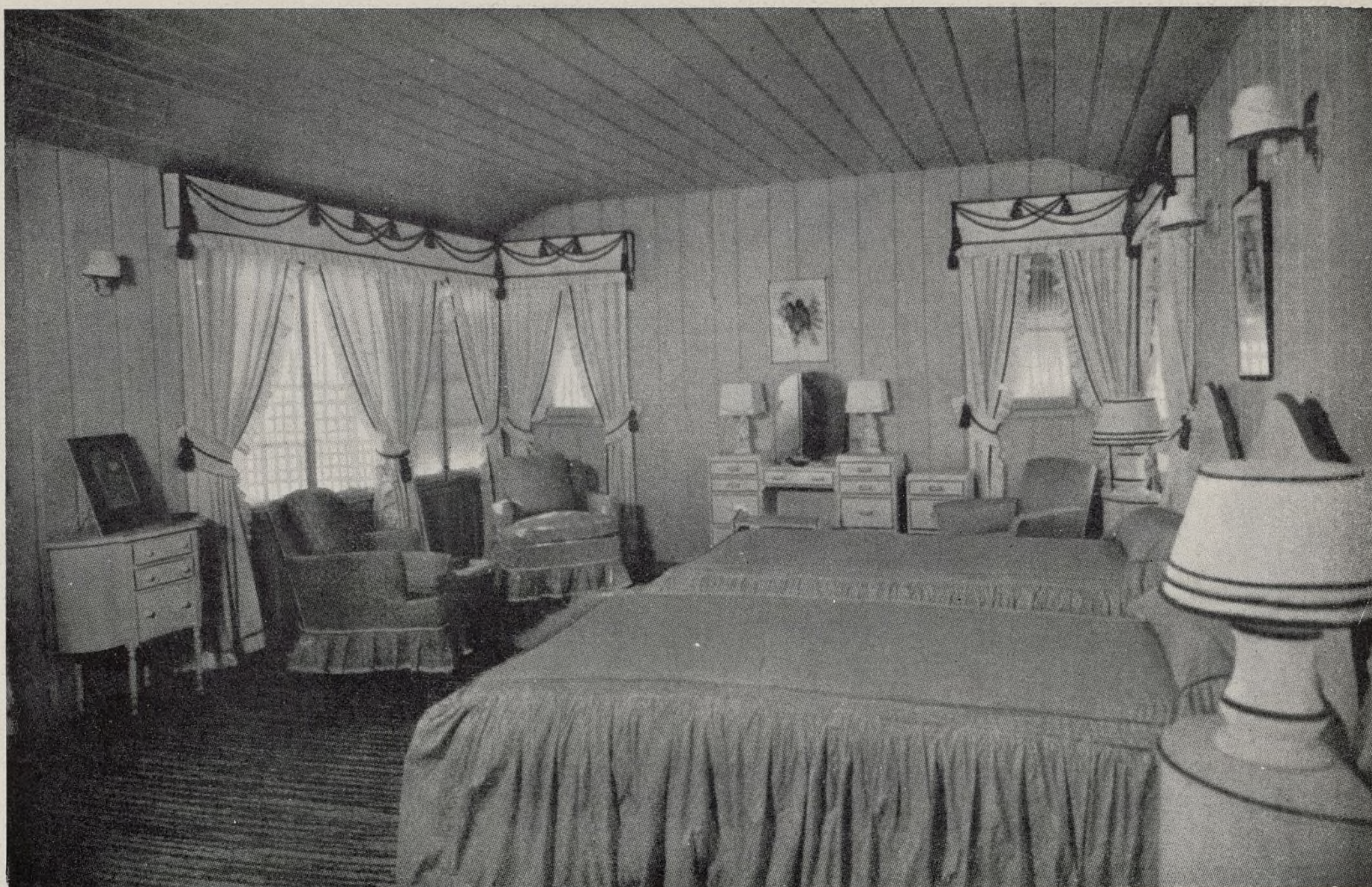


el comedor en el campo

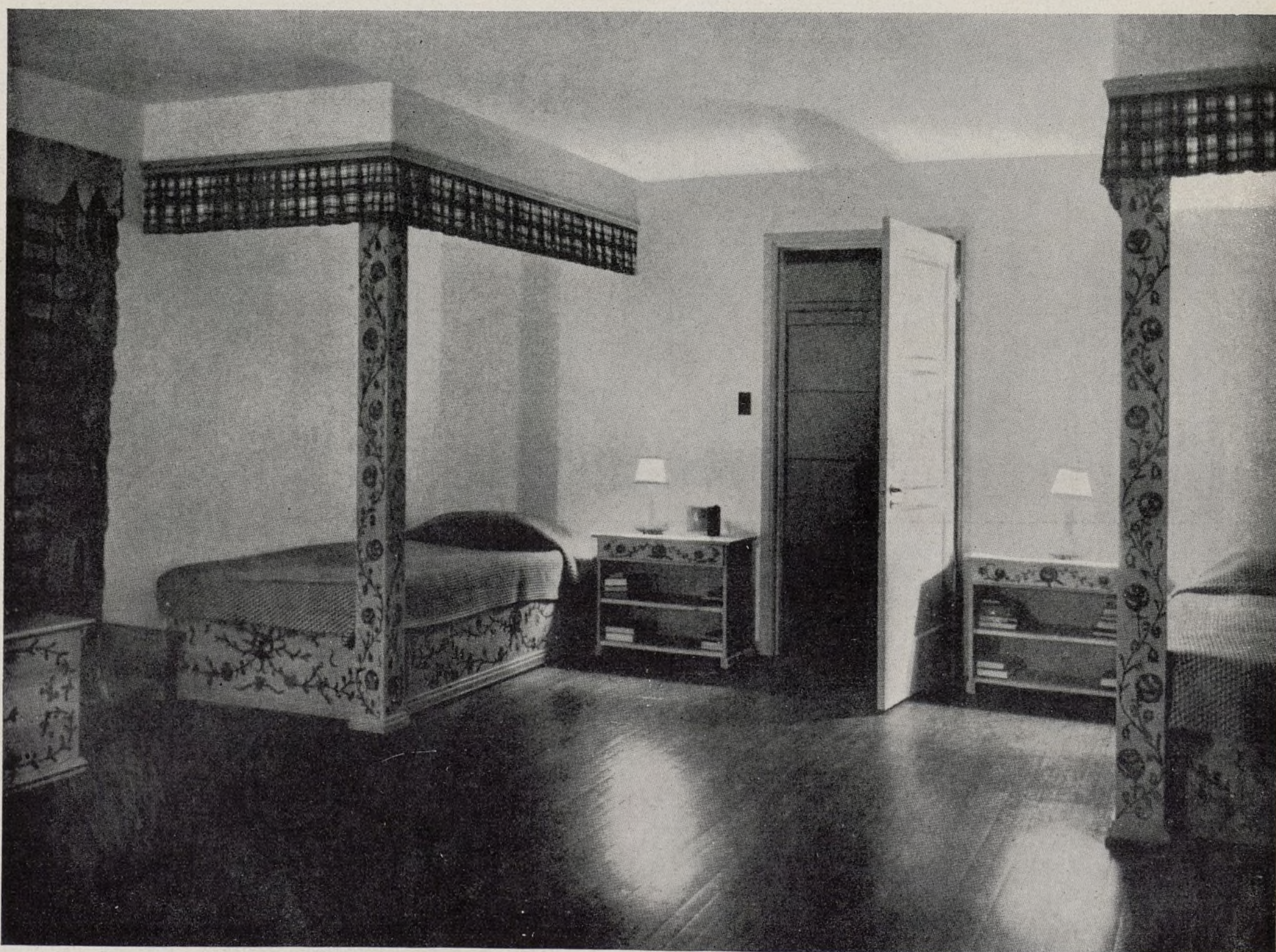
El comedor en la casa de campo tiene que ser una habitación muy sencilla; en muchos casos basta un solo rincón de una habitación de vida familiar. Siempre tendrá que estar inspirado en líneas y materias de esencia popular, supeditadas al inevitable "confort", que aunque queda allá lejos, vinculado en absoluto al ambiente de la civilizada ciudad, en el campo no es posible ni conveniente olvidar. Las "fotos" de esta página reproducen: un simpático comedor, por W. Kuhnert y Pfeiffer, y otro con originales sillas de cordel, por Vladimir Greg. Finalmente, un delicioso ventanal que podría encajar con el más envidiable y sencillo comedor en una casa de campo cerca, muy cerca, en un momento, del aire; muy cerca también de la caricia del sol.



Ayuntamiento de Madrid



el dormitorio en la casa de campo

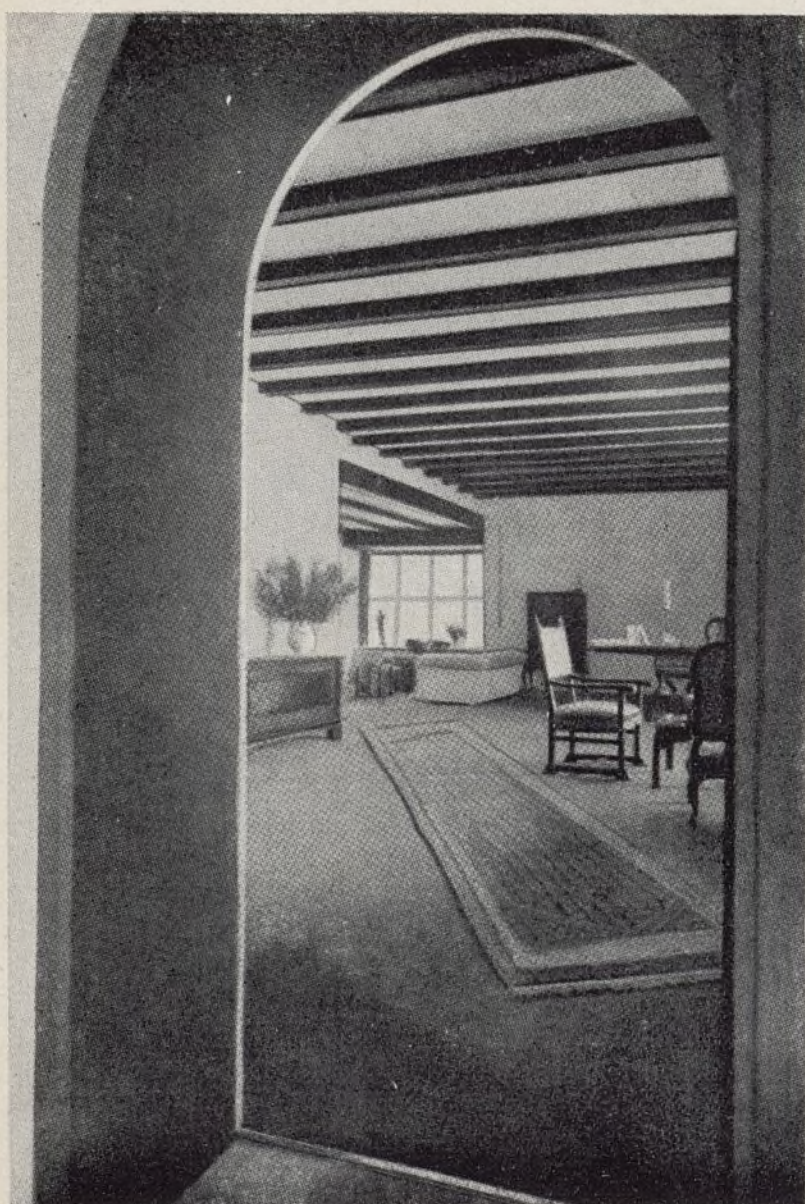


El carácter del dormitorio en una casa de campo debe denotar cierta despreocupación y desencogimiento; ¡estamos tan lejos por esta parte de la rigidez de nuestra vida en la gran urbe! Ese candor de las camitas algo aldeanas; esa ingenuidad en los detalles nos hablan de una vida llana y feliz que contrasta con el sombrío marco de nuestra vida normal. En la casa de campo, aislados del mundo, seremos todos un poco niños, sabremos de todo posiblemente menos... Pero posiblemente gozaremos en toda su intensidad el cálido aroma y el sabor de la vida que se nos escapa, distraídos, entre las manos. Estos interiores son: el de arriba, el dormitorio en una casa de campo de Constance Bennett y un pintoresco dormitorio en la Baum's House.



v i g a s

Exaltación, afectividad: esa es la casa de campo. Su espíritu está por encima de las modas, de las convulsiones del progreso constructivo. No puede olvidar la casa de campo, por moderna que sea, nada que sea precisamente símbolo de afecto, de protección, de larga y callada servidumbre hacia el hombre. La viga en el techo es la misma imagen de la amistad, del amor protector, es la misma esencia del legendario hogar. Cubrirán nuestras vigas nuestra casa hasta que se caigan de viejas, carcomidas y vencidas por el peso de los años... Su relativa fortaleza, su relativa duración, no nos harán mella. Tendremos dentro de nosotros la idea imborrable de que son fuertes, de que nos protegen, porque esa fué la idea feliz de tantos y tantos hombres que nos precedieron, y ya llevamos esa creencia fundida entre nuestros elementales instintos. Ante su enorme tamaño, frente a su complicada y siempre ingenua trabazón que apuntala el techo fuerte nos consideramos seguros... ¡Todavía nuestra sensibilidad no estaría preparada para sentir la idea de seguridad debajo de unos finos perfiles de viguetas de hierro que formaran al descubierto la armazón de nuestro techo! Las "fotos" adjuntas de interiores, bien recientes, demuestran claramente el poder de este instinto imbatible. En el campo—allí la sinceridad obliga—forzoso es, a pesar del culto de lo moderno, rendir vasallaje a esta bella sugestión de lo antiguo. (Chez M. E. Montgomery-Ernst Lodders-Rudolf Lodders.)



aprovechamiento de una habitación abuhardillada

LAS HABITACIONES ABUHARDILLADAS TIENEN ESE GRAN ALICIENTE SIMPÁTICO: SU TECHO DE GRANDES VIGAS. EL DIBUJO ADJUNTO MUESTRA, COMO TANTOS OTROS CASOS REALES MOSTRARÁN, EL ACORDE DECORATIVO INEXTINGUIBLE, A ESTABLECER ENTRE ELEMENTOS DE ESENCIA

SENCILLA TAN LÓGICOS EN LAS CASAS DE CAMPO. MADERA, TELAS ANIMADAS, DETALLES DE CIERTA EVOCADORA FUERZA: AHÍ ESTÁ—EN LA BUHARDILLA—LA INESTIMABLE SALA DONDE QUISIÉRAMOS PODER DESCANSAR BIEN EMPAPADOS DE NUESTROS MÁS NOSTÁLGICOS PENSAMIENTOS

los detalles que crean el ambiente:



la madera,

Todavía, al cabo de miles y miles de años, la madera es el material natural para formar nuestros muebles: no nos quema con una brusca sensación de temperatura muy diferente a la de nuestra mano; es prácticamente, dócilmente, solícita hasta donde nuestra voluntad quiere. Encuéntrase en todas partes; puede trabajarse casi sin herramientas. El carácter de la casa de campo lo proporcionan los detalles, las materias esencialmente sencillas. Nada más auténtico ni tan honrado, ni tan puro como una tabla con su fibra descubierta. Las maderas pobres, toscamente labradas, colocadas ingenuamente, forman el más adecuado revestimiento mural en un interior campestre. Precisamente, lo contrario, lo que no puede ser, lo que no tendría justificación en la casa de la ciudad. Esos revestimientos de madera nos resultan más acogedores cuanto más toscamente están aserrados. Tal vez nos evocan aquellas aisladas cabañas de los países nórdicos, entre desolados paisajes de nieve perenne. Románticas escenas del viejo Canadá que quedaron grabadas en nuestra imaginación al vivir, leyendo, los episodios de aquellas novelas como "María Chapdeleine", en las que la cabaña de tablas de madera concentraba toda la humanidad y toda la poesía de unos hombres que tenían que sentir exaltadamente el concepto de casa, la idea de hogar, la sensación de refugio imprescindible en medio de una naturaleza cruel. La madera en los pisos, la madera acusando sobre los muros el siempre deshilvanado esqueleto de troncos empotrados; la madera en los grandes aleros, la madera en las vigas, en los propios detalles más pretenciosamente decorativos; la madera en las escaleras, en las barandillas, la madera en los bancos junto al fuego; la madera en las lámparas; la madera—como en la "foto" adjunta—en amorosos detalles exteriores, como esa reja de madera torneada que habla aún de nuestros torneros moriscos, de la exaltación perdurable de los detalles genuinos de España. Madera aun en las casas modernas de campo: medula de la emoción de lo aislado, de la vida campera, de la ingenuidad de una vida simbólicamente sencilla. (Interior, por Fritz Gross. Detalle de una casa en Florida.)



Ayuntamiento de Madrid

el cobre,

Otra materia, decorativa por excelencia, que da gracia y expresión a los interiores en la casa de campo: el cobre. Unos cacharros que brillan aún en el nicho de la chimenea apagada con un destello ardiente. Formas sencillas de los calderos, de los platos, de los peroles, de las jarras, que riman con todo: con lo antiguo y con lo moderno. Evocación en cada pieza de una mísera pandilla de gitanos vagabundos que pasó un día frente a nuestro "chalet", ofreciéndonos unos cuencos como hechos de carne martillada, mientras la moza nos lanzó una buenaventura—que fué o no



fué—, y siguieron luego, errantes, unas tristes sombras vestidas con colores alegres. Cobre limpio, señal de claras manos afanosas de mujer. Adorno que evoca idea de cuidado e ilusinado hogar. Nótese en la "foto" de la parte superior el acierto decorativo que supone relacionar los cacharros de cobre con la lámpara del mismo metal. Y percíbase el señorial efecto que produce este interior interpretado a base de populares detalles y rústicas materias, combinados todos con una habilidad poco vulgar. (Harry Sleeper—interior de la Fredric March's house—Franc J. Forster.)

la cerámica,

El ambiente local puede entrar dentro de la casa, especialmente, gracias a los detalles de cerámica. Toda esa serie de siempre inocentes jarros, y platos, y vasijas llevan—no vamos nosotros a descubrirlo—la propia entraña típica de la región. Alegran la casa sobre la árida repisa de las vigas viejas; infunden al frente del hogar una colorinesca amenidad de cocina pueblerina. El cacharro de cerámica es, sobre el mueble algo tosco, el mejor vaso para el ramo de flores. Es, también, la vajilla franca para comer sobre albos manteles una cocina simple, que también podrá tener algo de divertido revoltijo de colores. La cerámica marcará, según sus distintos matices más o menos populares, el tono del interior campero. Siempre será un conjunto de cantarinas voces—alegres y resueltas—acusadas sobre un grave fondo de vigas oscuras o sobre el tosco, y pintoresco, y pobre blanco del encalado mural. (Chez Mme. J. S. Ciselet-Lawrence F. Stern.)



Y, finalmente, el hierro es otro de los materiales, de las labores que crean el ambiente local—simpático diríamos nosotros—en las modernas casas de campo. Este metal, que ha expresado siempre hasta el límite el empuje de una exaltación artística, caldea hoy con graciosos detalles las fachadas y los interiores demasiado sencillos. Es la reja de filigrana; es la cancela que transfigura el patio; es el farol de gracia eterna que avalora una esquina limpia; es el balcón de transparente traza; es el detalle, el utensilio junto al hogar; es un soporte de una tinaja hecha importante por los brazos dignos que la elevan; son los clavos de la puerta, las bisagras amplias, los tiradores solemnes...

Es siempre el detalle con savia popular, que da expresión a lo que no la tiene...

Madera, cobre, cerámica, hierro: cuatro detalles nobles que pueden hacer noble tu casa...

Lector:

Que el Destino prepare vientos favorables a tu nave y puedas tener pronto una casa de campo hecha a imagen y semejanza de tus más elevados y escondidos anhelos... Podrá ser que ese día tengas la gran sorpresa de haberte encontrado a ti mismo.

y el hierro.

Ayuntamiento de Madrid



Galería artística de "Blanco y Negro"

En el Puente de Toledo
POR ÁNGEL DÍAZ HUERTAS



Ayuntamiento de Madrid



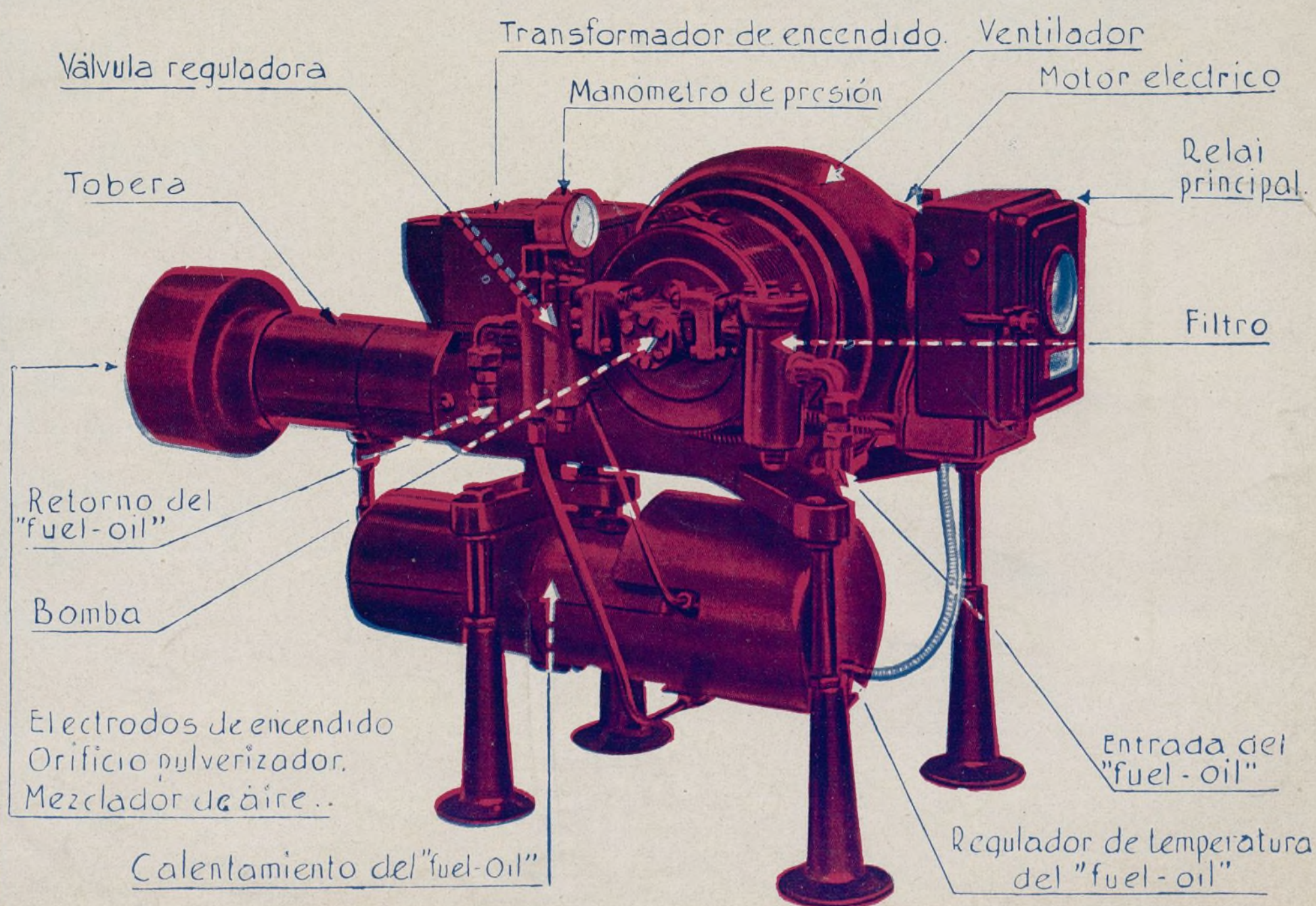
FABRICADO POR
S. A. C. H. A. M.
Ginebra - París - Lyon

Exclusiva para España:
F. GURREA NOZALEDA
Marqués de Cubas, 11.
Teléfono 24816.

MADRID

*¡instále Ud.
con tiempo
en su finca*

**EL QUEMADOR AUTOMÁTICO
DE FUEL-OIL "LE NATIONAL"
PARA CALEFACCION CENTRAL**



Ayuntamiento de Madrid